

19/IV/1955 18

Por los que no Pueden Volver

por Sebastián Salazar Bondy

¿Habrá alguien que desconozca por sí o por otro las penurias del destierro? Me atrevo a pensar que somos muchos los que sabemos mediante testimonio directo, a través de cartas y mensajes de amigos, cuán amarga es la situación de hallarse impedido de volver a la patria, al calor de los suyos, al amor de las cosas sencillas o trascendentales que constituyen el hogar. Aquel que no ha sufrido en carne propia la nostalgia de la tierra lejana, posee, en cambio, una noción de ese duro sacrificio por las palabras que llegan en la cruenta tinta de una misiva o en el recado verbal que le trae, como un perentorio llamado del hermano, algún diligente emisario. La literatura universal, de otra parte, está colmada de páginas que describen el esperanzado anhelo del hombre que se halla en lugar extraño y que aspira a reincorporarse al seno de su lar natal. La historia bíblica del hijo pródigo —que a tantas paráfrasis ha dado motivo en todos los tiempos— alude a ese justo alarde del corazón que reclama el retorno a la comunidad original, al légame en donde reposan los antepasados y en el cual el presente siembra y cosecha el futuro. “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre —exclama el desterrado del Evangelio— tienen abundancia de pan, y yo aquí perezo de hambre!” (S.Luc.Cap.15, Vers.17), y cabe interpretar esa alusión al alimento material como la simbolización de otros apetitos menos físicos y, por ende, más imprecisos y profundos. También la misma desgarradora consistencia tiene el sueño de Ulises, mil veces desviado de la ruta de Itaca, del cariño de su pueblo, su mujer, su hijo, su perro. La patria se levanta en el pecho del que la ha perdido como una ola angustiosa, como una exigencia creciente, como una solicitud que no se conforma con nada que no sea el objeto mismo que desea.

En Busca de un Bien Perdido

Perdón por el tono sentimental, pero no hay otro. Si se ha recibido una carta en la cual se nos dice con frases simples, sin elocuencias vanas ni pruritos dramáticos, que hay un ser que siente desesperadamente pasar los años sobre sí, cada vez menos seguro de poder retornar a la tierra donde nació, vivió su infancia y se desarrolló su adultez hasta el borde de la cima de la edad, no hay más remedio que comentarla así para no gritar que se trata de una injusticia, de un castigo siniestro, de un crimen contra el alma. Es terrible tener todo prestado. Ir a una puerta y tocar en ella para pedir, como un limosnero, trabajo, amistad, vida, porque se es extranjero y no hay modo de dejarlo de ser, es un acto que cuesta una humillación, y nunca fué pequeño tal precio por algo a lo cual se tiene derecho natural y humanamente. Se posee una nacionalidad, lo que quiere decir que se posee una riqueza —grande o pequeña, no importa— de la cual se ha sido despojado: un acento en el habla, unas canciones en el recuerdo, unos rostros en la memoria, un paisaje, un clima, un destino, una historia, un innumerable patrimonio que no es posible usar orgullosamente. Ser siempre un extraño un individuo distinto, no porque lo demás lo señalen así, sino porque de él mismo emana, en secreto, la diferencia que lo distingue y separa.

Yo no he sido desterrado, pero he vivido entre desterrados. Resulta la ceremonia más conmovedora e íntima, casi un rito de iniciados, la reunión de los compatriotas en el país ajeno. Se juntan para conversar de temas que sólo ellos comprenden, se aproximan para recordar hechos, personas, problemas, tristezas y alegrías, y comparten ese manjar con la satisfacción con que participan de un sabor real, de un plato de comida. Puede ser ejemplar narrar lo que podría llamarse la parábola de los “frejoles colados”, divertida desde un punto de vista, pero trágica desde otro, desde el ángulo moral. Viviendo en el extranjero recibí un

“poto” con ese peculiar postre peruano: era un regalo familiar, algo que el celo materno había dispuesto para que yo gozara de un poco del aire hogareño. El recipiente era grande y se me ocurrió hacer partícipe de su contenido a un desterrado. Era un desterrado político: un hombre joven, bueno, idealista, que vivía en aquella ciudad desde hacía muchos años y que se había labrado allí una situación profesional y económica excelente. Los “frejoles colados” fueron un regalo maravilloso para él. Sentado en mi mesa, ante el “poto”, pidió un plato. “Hondo, por favor”, advirtió. Y añadió: “Y una cuchara grande”. Con aquellos utensilios comenzó a servirse el dulce y a devorarlo, paladeándolo con una delectación increíble. No era hambre. Era otra cosa. Era, quizá, el anhelo de encontrarse con un bien perdido, con un don del cual aquel amigo había sido separado violentamente. Consumió lenta y ansiosamente aquel postre, mientras hablaba de su niñez, de su juventud, de sus estudios, de su barrio, de sus camaradas, de sus padres y sus hermanos. Su monólogo derivó al Perú, ya no como elemento personal, sino como misión, como promesa, como posibilidad de esplendor. No quedó una gota de “frejoles colados”, como tampoco quedó un solo asunto de la patria que no fuera tocado en la charla de aquel banquete que sólo yo, que sabía cuánto había sufrido y sufría aquel desterrado, comprendía en toda su significación. Para cualquiera, dicho episodio hubiera sido inolvidable como lo fué para mí.

La Respuesta de un Por Qué

Después, no cabía otra cosa que preguntarse: ¿Por qué? ¿Por qué este hombre no puede vivir entre los suyos, no puede trabajar por su tierra, no puede brindar su talento y sus energías a su país? Porque sus ideas no coinciden con las de los que están en el poder. La respuesta es mezquina, turbia, inhumana. La humanidad ha luchado siglo tras siglo para que pueda existir la convivencia en la divergencia, para que el pensamiento y el pensamiento, opuestos y contradictorios, puedan coexistir sin colisiones ni crisis dolorosas, y sin embargo hay todavía naciones donde este principio no ha logrado prevalecer y donde se da el caso de que cientos de sus hijos esten condenados al ostracismo. Preguntarse por qué ese peruano llevaba aquella maldición, era responderse algo totalmente anacrónico: en el Perú es peligrosa la disensión, pues quienes mandan no aprueban, como en las épocas en que el derecho no había nacido, que alguien no acepte sus actos y sus palabras como infalibles.

Y ese peruano, como los otros víctimas de idéntica pena, no es un delincuente. Los que han sido obligados a salir del territorio patrio y a vivir al margen de la existencia nacional son siempre gentes que poseen méritos especiales, cuya presencia aquí sería enormemente provechosa para el progreso y la cultura peruanos. Son estudiantes, profesionales, técnicos. Son miembros de la élite que forman nuestras universidades, y su inconformismo —razón de su expatriación— es, de hecho, el testimonio de que piensan en la renovación de nuestras instituciones, en la transformación de nuestra organización, en el cambio de nuestras a veces viejas y desgastadas prácticas políticas, sociales y económicas. Son gentes de derecha e izquierda que no quieren más un país a destiempo, un país con injusticias y errores. Equivocadas o no, sus opiniones brotan del amor a la patria y del bienestar que para ella quieren. Si cada uno de los peruanos que vivimos en el Perú dedicáramos un instante de nuestra meditación a los padecimientos de nuestros hermanos que no pueden volver, es probable que la absurda situación que su destierro entraña, encontrara la única solución que requiere: que las puertas del Perú se abran generosamente para ellos.